

DURANTE los primeros años de la dictadura de Primo de Rivera se pensó fusionar el Ateneo de Madrid, es decir, hacerlo desaparecer, con el Círculo de Bellas Artes. Cierta persona me informó del proyecto y entonces yo —habla García Martí, entonces secretario del Ateneo— pedí una audiencia con el Rey Alfonso XIII.

•Durante la entrevista, el Rey me dijo que quería establecer un palacio de las Letras y de las Artes, a lo que le respondí que con semejante propuesta era inevitable la desaparición de una de las dos entidades, en este caso del Ateneo, ya que quedaría absorbido por Bellas Artes, puesto que se trataba de trasladarlo a este centro.

Al final de la charla, García Martí manifestó al Rey que antes de que se llevase a la práctica tal proyecto, por «un Real Decreto», lo menos que debía hacer era consultar a la «voluntad de sus respectivas sociedades convocando cada una de ellas a Junta General». Alfonso XIII contestó afirmativamente, ya que los razonamientos del secretario del Ateneo le habían convencido, «al menos para llevar el asunto por procedimientos y trámites reglamentarios».

Días después, García Martí —que pidió al Rey autorización para exponer sus puntos de vista en la prensa— escribió, en «La Voz», un artículo defendiendo la independencia del Ateneo, que fue reproducido por «El Sol», dirigido a la sazón por Manuel Aznar, en los siguientes términos:

«El artículo del señor García Martí titulado "Del Ateneo y su tradición", sobre el proyecto de llevar el Ateneo al Círculo de Bellas Artes, que se publicó anoche en "La Voz", fue excelentemente acogido en los medios literarios de la villa y corte. Quienes pusieron gran parte de su vida en aquella corporación, que tienen una consideración espiritual considerable, sienten una gran inquietud ahora, ante el peligro de que el Ateneo deje de ser lo que fue siempre.

•En efecto, la fusión que se pretende es la muerte del Ateneo. No creemos que nadie pueda tener intención de producir tan grave daño a uno de los establecimientos más útiles de España».

(El proyecto del palacio de las Artes y las Letras no lo admitió ni siquiera la Junta General de Bellas Artes.)

Inauguración del edificio de Prado, 21

«Quedaron ayer —se leía en "La Época" el 31 de enero de 1884— para siempre cerradas las puertas del Ateneo viejo de la calle de la Montera, que cambia de domicilio y hoy se instala en el nuevo y magnífico edificio de la calle del



¿PARA QUIEN ES EL ATENEIO?

ANTONIO IVORRA

Prado» (el mismo que en la actualidad, mayo de 1971, tiene «goteras» de diversa índole).

•El nuevo y magnífico edificio de la calle del Prado número 21 fue descrito, por los periódicos de la época, en los siguientes términos:

•Tras la entrada, de unos siete metros de ancho, nos encontramos con unas magníficas escaleras de mármol, que nos conducen al primer piso, en donde nos encontramos con el salón, que tiene dos espaciosas tribunas, una para las

señoras y otra para el público en general. El techo del salón, pintado por Melida, se ve a Apolo, que tiene a su derecha a Mercurio y a su izquierda a Minerva. Rodean estas figuras medallones con alegorías de las Artes, las Ciencias, las Letras, la Historia, la Poesía, la Música y el Arte escénico.

•Una galería de veinte metros, decorada por Maureta y situada paralelamente a la cátedra o salón, tiene a la derecha tres grandes puertas, que dan entrada a los tres salones de conversación. Una espaciosa escalera comunica esta planta baja con la principal, en donde está la biblioteca y el salón de revistas, la directiva, etcétera. Además existen los sótanos dedicados a clase de idiomas, sala de armas y baños.

•Las obras fueron dirigidas por los arquitectos Font y Landecheo.

En la sesión inaugural, a la que asistió el Rey Alfonso XII, apenas si se veía un uniforme; todos los concurrentes iban de frac. El Rey declaró abierta la sesión, a la que no asistieron los republicanos. Seguidamente habló Cánovas, que, entre otras cosas, dijo a Alfonso XII que «el Ateneo no era indigno de que su Majestad lo presidiera» (muchos socios no pudieron disimular, aunque sólo fuera en sus rostros, que el señor Cánovas pusiera en duda la dignidad de los mismos).

•El Imparcial vio así el acto inaugural: «El Ateneo de la calle de la Montera era conservador. El de la calle del Prado no es sólo conservador, sino monárquico».

La nueva sede del Ateneo fue consecuencia de un acuerdo tomado por la Junta General, en el antiguo Ateneo de la calle de la Montera, situado frente a la iglesia de San Luis, el 2 de noviembre de 1881. Se decidió emitir un empréstito de 400.000 pesetas, representado por 800 cédulas de 500 pesetas cada una, destinando su producto a la adquisición de un nuevo edificio social. El 26 de noviembre del mismo año se acordó ampliar el empréstito a 500.000 pesetas y se ofrecieron a suscripción pública mil títulos denominados «Cédulas Hipotecarias del Ateneo de Madrid».

El caserón de Montera

¿Cómo era el caserón de Montera? Unos lo calificaban de caserón, otros de casa llamada grande. Pero... recorramoslo de la mano de Labra:

•El Wagon, que estaba situado al extremo del pasillo central, se denominaba así porque era estrecho y largo. Tenía un sofá con respaldo para dormir la siesta. Allí se reunían la colonia filipina, artistas que pintaban y escribían.

•La Cometa era un rincón de novicios. Especie de cuarto interior

CRONOLOGIA DEL ATENEIO

1835.—Fundación del Ateneo, cuya primera sede radicó en la vieja casa de Abrantes de la calle del Prado.

1839.—Traslado a la llamada casa del Consulado, en la plaza del Ángel.

1858.—Paso al caserón de la calle de la Montera.

1864.—Inauguración de la actual sede, calle del Prado, 21.

1904.—Se organiza la llamada «extensión universitaria» que organizaría cursos especiales para el proletariado.

1913.—Dos corrientes: Germanófilos y aliadófilos.

1925.—Se pide la expulsión del socio 7.777, que correspondía a Alfonso XIII.

(Nota.—De 1820 a 1823 existió un Ateneo «dotado del espíritu de las sociedades patrióticas de la época», que no tuvo nada que ver, ni por sus estatutos ni por su espíritu, con el fundado en 1835).

de forma romboide, "tertulia de gente de manejo y arranque", de neófitos de la política y de periodistas de primer curso...

«La Cacharrería era un salón con tres balcones, una chimenea, siete retratos, diez mapas, reloj de mármol, calendario de pared... Fue uno de los centros neurálgicos del Ateneo. Los cacharrereros eran arrogantes, incisivos...

«Por una mampara que se dejaba tras la Cacharrería, se llegaba a la biblioteca, que en 1873 contaba con doce mil volúmenes, recinto silencioso, lugar sagrado.

«La sala principal, es decir, el Senado, estancia de los viejos, graves en público, socarrones en privado. Por allí pasaron Olózaga, Zorrilla, Galiano, Bretón de los Herreros, Varela, Salmerón, Moret, el joven economista de elegante porte...

«En el Ateneo no se juega, no se pierde el tiempo. Se discute.

Tenéis el derecho de interrumpir en los pasillos, de escuchar en el vestíbulo, de aprender en el Senado, de predicar en la Cometa, dormir en el Wagon y alborotar en la Cacharrería», así lo describió un socio de la revolución de septiembre.

En el caserón de la calle de la Montera —decía García Martí— nació la escuela economista, renació el tomismo, se defendió el krausismo, en los albores de su última evolución positivista; allí, en fin, llevaron sus dudas los escépticos y su fe los católicos.

En 1876 se organizó un debate sobre el positivismo. A este respecto, Clarín escribió una carta publicada en la «Revista Contemporánea» a Menéndez Pelayo, en los siguientes términos: «Ciertamente, en el Ateneo hablan, tal cual vez, algunos señoritos que no saben lo que dicen; pero no hay mayor injusticia posible que condenar en

montón las discusiones del Ateneo, donde se manifiestan lo mejor de nuestros conocimientos científicos».

(El autor de la «Historia de los heterodoxos españoles» veía con recelo el Ateneo, por las ideas que impartía «el centro».)

En 1870 —pese a la elevación de la cuota mensual, 30 reales, llevada a cabo en 1865— se suprimieron los azucarillos, que acompañaban a un vaso de agua pedido por un socio y cuyo importe anual no bajaba de los 3.000 reales.

la primera sede

Con anterioridad a la calle de la Montera, el Ateneo tuvo su sede en el principal de la llamada Casa del Consulado, en la plaza del Ángel, esquina a la de Carretas. A este local llegó la docta casa, en junio de 1839, procedente de su

primera morada, situada en la vieja casa de Abrentes, de la calle del Prado, esquina a la de San Agustín, donde el 26 de noviembre de 1835 tuvo lugar la primera Junta General del «nuevo círculo», el Ateneo, al que asistieron ciento sesenta y cinco personas, presididas por Salustiano de Olózaga y por Mesonero Romanos. De la elección practicada en dicha junta, salió el siguiente escrutinio:

Presidente: 52 votos a favor del duque de Rivas; 38 a Argüelles.

Dos consalleros: 38 para Olózaga; 36 para Mesonero Romanos.

Secretario: 37 a Miguel de los Ríos.

Depositario: 36 para Olavarrieta, rico y liberal comerciante de la época.

El 6 de diciembre de 1835, el duque de Rivas pronunció el discurso inaugural en el que, entre otras cosas, dijo: «Para pensar es indispensable ser libre».

TRES GENERACIONES

EXTRACTO DEL DISCURSO LEIDO POR MANUEL AZAÑA
COMO PRESIDENTE
DEL ATENEO, EL 20 DE NOVIEMBRE DE 1930.

«Mis recuerdos personales del Ateneo de Madrid se remontan a una treintena de años. De esta sociedad, ya pronto centenaria, he visto transcurrir el tercio de su vida. Estoy, pues, con la gente de mi tiempo que ahora llega normalmente a la madurez fructuosa del otoño, en el grupo de los ateneístas vocado a participar en la cuarta generación de nuestra historia social, si esta casa perdura.

La generación primera incluye a los románticos fundadores, que dio al Ateneo, cuando menos, tres presidentes: don Ángel, Galiano, ya desviado del romanticismo como de un extravío juvenil, y Donoso Cortés, de quien hemos visto retoñar no hace mucho, a la vera de su efígie, las tesis ultramontanas.

La generación segunda incluye a los artistas e intelectuales burgueses llegados a la vida pública después de fracasar en toda Europa la Revolución de 1848.

En el Ateneo preside Martínez de la Rosa, elegante filósofo de la moderación y del justo medio. En la década del cincuenta brillan los hombres que han de llenar la segunda mitad: Campoamor, Cánovas, Valera, Castelar. El ocaso de esta generación incide en la crisis del 98.

La juventud que incorpora a su vida sentimental y padece en su formación la bancarrota del siglo será la generación tercera del Ateneo, y sin haberlo gobernado nunca difunde su espíritu, crea el Ateneo disidente, sacándolo del marasmo en que lo tenían puesto los números canovistas. En el ápice de esta generación veo a Unamuno.

La generación romántica, al fundar el Ateneo en 1835, no hizo más que restaurar o reponer un mayor lustre al Ateneo científico, literario y artístico, nacido al calor del movimiento liberal de 1820. Del primer Ateneo dice uno de sus primeros fundadores, Antonio Alcalá Galiano, comparándolo con la Sociedad de Amigos del Orden, instalada en la calle Fontana: «En el Ateneo no se habla para el público, sino para los socios». De donde puede colegirse que en sentimientos e inclinaciones ambas sociedades se parecían.

El Estado liberal tendría que vivir sin base popular, falto del apoyo de los nueve décimos

de la nación. Abajo quedaba la masa innumerable de las blusas y zamarras. Enfrente, los poderes seculares desposeídos. La raíz psicológica de la fidelidad no tenía apenas dónde encarnar.

La segunda generación del Ateneo aparece en un momento crítico. Después de las tormentas del 48, la ilusión del siglo se trunca.

Ha surgido un nuevo concepto de revolución y de clase que se engendra en una nueva dialéctica de la historia. El siglo cambia de faz. Los gestores del Estado liberal estrechan las filas e imponen para salvar el régimen un orden legal sofocante.

El moderantismo se instala para siempre mediante una corta oligarquía de hombres entendidos en la Administración y en los negocios y acaba por anexionarse el Estado, convirtiéndolo en dependencia de un partido. Su política consiste en hallar un orden legal que cubra el despotismo y en cebar las ambiciones con el fomento de intereses materiales. Sus armas: el autoritarismo y la corrupción. Dos hombres los manejan superiormente: Narváez y Sartorius.

La segunda generación aparece dividida contra sí misma: unos, por escepticismo, se adaptan al orden establecido; otros, con voluntad creadora, se esfuerzan en subir la realidad española a un grado de compostura civil arreglado al interés de su clase.

Cánovas es el talento pragmático que pretende aprovechar las elecciones de la historia española y las dotes positivas de la sociedad en que vive.

Los cuatro hombres antes citados de la segunda generación representan la cumbre de los valores oficiales de España, en lo que afirman y en lo que niegan. En el Ateneo apenas circulan otros.

Cuarenta años más tarde, los mismos hombres, en el sumo del poder, pueblan el Olimpo de la restauración y apuran su vida en el Ateneo: sobre el Ateneo de la restauración pesa la mano de Cánovas, político de realidades que ha creado la política más irreal de la historia de España.

Lo más crudo y memorable de aquella transición fue la contienda de la gente nueva contra los viejos. Que una generación desalojase con poco miramiento a quien la antecede es fenómeno útil y necesario.

En otro debate vinieron a desfogarse los impulsos de rebeldía. Formaban piña en el Ateneo los sociólogos. El tema de discusión era el socialismo o el anarquismo. Junto a los sociólogos concurrían los militantes Pablo Iglesias, Jaime Vera y otros socialistas. El doctor Madinaveita, intelectual anarquista.

El impulso dado al Ateneo y el giro que lleva desde hace treinta años expresan la mudanza sufrida en la conciencia pública.

El Ateneo, enteco y casi arruinado merced a su gravedad en tiempos anteriores, se hizo numeroso, bullicioso y libre como nunca.

El Ateneo dejó de ser el polen donde la imaginación del provinciano ambicioso soñaba distinguirse ante las autoridades de la casa, ante un gran ministro, quizá ante el presidente del Consejo, que le subiría de la mano a eminentes posiciones.

Los románticos fundadores creyeron en el Estado que daban a la luz como su propia sustancia. Los moderados, imbuidos de un doctrinarismo rígido a quien se debe los fundamentos del régimen, aceptan un Estado de cuya falacia original vivían persuadidos. Los hombres del 98, y sobre todo su espíritu, en que nos hemos criado, instauraron la actitud de repulsa, trazaron el ángulo crítico, abrieron el cauce inaugural de una edad nueva.

Barrunto que no se ha organizado todavía la generación a que quisiera pertenecer.

Quien ocupe este puesto dentro de cinco años y esté con vosotros celebrando el primer centenario del Ateneo, al conjugar nuestra historia social, la del espíritu público y la acción de los hombres que fugazmente hayan pasado por el cenit de esta casa, recordará si el acierto y la fortuna han corroborado mis previsiones o si no hemos hecho más que prolongar la cadena de descontentos, murmurante y quejosa desde hace siglos al margen de la España oficial.

Mariano José de Larra fue el primer socio que ingresó, con arreglo a los estatutos, en los primeros días de enero de 1836 (regresó de un viaje al extranjero a finales del 35). (En la sesión del 11 de diciembre del 35, la lista de socios era de 309.)

La Real Orden fundacional

Con el fin del absolutismo, muerte de Fernando VII, la amnistía otorgada por María Cristina en 1833 y la vuelta de los liberales, un nuevo clima reinaba en España. En 1835, un grupo de hombres —duque de Rivas, Donoso Cortés, Breton de los Herreros, Mesonero Romanos, Martínez de la Rosa— se unieron con unos cuantos socios del primer Ateneo (fundado el 14 de mayo de 1820), «dotado del espíritu de las sociedades patrióticas de la época» (que, pese a su patriotismo, desapareció, en 1823, junto con el cierre de las Universidades y la apertura de las escuelas de tauromaquia), más que para continuar la labor del primero, intentar la creación de lo que después se llamó el Ateneo Científico y Literario.

El 31 de octubre de 1835, la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País celebró una reunión para «dar cumplimiento y remate a un expediente abierto veintidós días antes para la creación de un ateneo científico y artístico. Había provocado, en el seno de la Sociedad Económica, una proposición de Juan Miguel de los Ríos, estudiante en Leyes, y para informar sobre ésta, la Sociedad nombró una comisión que examinó los estatutos del solicitado centro. En vista de lo cual, esta Sociedad solicitó al Gobierno el permiso correspondiente».

La Reina gobernadora dio la Real Orden de 16 de noviembre de 1835, por la que autorizaba la fundación del Ateneo de Madrid.

Siglo XX

Alguien dijo que los últimos tercios del siglo XIX español se «escribieron» en el Ateneo de Madrid (en el de la calle de la Montera y especialmente en el de la calle del Prado).

A principios de siglo surgió, a raíz de la aprobación de la ley del descanso dominical, en el Ateneo de Madrid la llamada «extensión universitaria». La docta casa de la calle del Prado abrió sus cátedras los domingos y festivos por la tarde, para que el proletariado utilizara sus horas libres. El plan de conferencias empezó el 16 de noviem-



bre de 1904 hasta el 30 de abril de 1905. La sección de Literatura organizó un ciclo de conferencias con motivo del III Centenario del Quijote, en las que intervinieron, entre otros, Azorín y Ramón Pérez de Ayala.

También hay que destacar la Escuela de Estudios Superiores, creada bajo la presidencia de Morat, y de la que formaron parte Menéndez

Pidal, Echegaray, Ramón y Cajal, Emilia Pardo Bazán, Joaquín Costa.

Las secciones de 1913

Hacia 1913, poco antes de terminar la guerra europea —decía Victoriano García Martí— había cambiado la fisonomía del Ateneo. Otras gentes lo frecuentaban. Se

hacia política, pero más agresiva, más de calle. Comenzaban a ir al Ateneo cronistas que habían estado en el extranjero: Maeztu, Arquistain. La guerra caldeaba la casa. Había división entre germanófilos y aliadófilos.

Por aquellas fechas, las distintas secciones del Ateneo estaban a cargo de los siguientes señores: Ciencias Morales y Políticas: presidente, Adolfo Buylla; secretario, José Calvo Sotelo. Literatura: presidente, Alvarez Quintero. Ciencias Exactas, Físicas y Naturales: Presidente, Luis de Hoyos; vicepresidente, Honorato de Castro. Filosofía: presidente, José Ortega y Gasset. Ciencias Históricas: presidente, Vicente Lampérez; vicepresidente, Victoriano García Martí. Artes Plásticas: presidente, Vicente Lampérez; vicepresidente, Salvador Carreras. Música: presidente, Miguel Salvador Carreras; vicepresidente, Gregorio Marañón y Torre.

Dos voces

De 1919 a 1922 tuvieron actuaciones públicas en el Ateneo, Maura, Menéndez Pidal, conde de Romanones, Azorín, Unamuno, Valle-Inclán, Marañón, etcétera, que reflejaban el ambiente del país. Frente a algunas de estas voces, de «un marcado matiz izquierdista, se oyeron las primeras voces, a nivel de pasillo, de Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio», según opinión de García Martí.

José Antonio —que no tuvo ninguna actuación pública—, en los años que frecuentó el Ateneo, asistía a la biblioteca y a la cátedra de Latín (Agustín Miralles). «José Antonio —afirma García Martí—, siendo ya hombre de carrera, asistía a estas clases y siempre que le preguntaba Miralles se ponía de pie».

Mediada la década de los veinte, «una minoría alborotadora —cuenta García Martí— pidió terribles proposiciones al secretario para la Junta General: que se expulsara al número 7.777, que daba la casualidad que era el Rey Alfonso XIII». Entre las tertulias de aquellas fechas, hay que destacar las formadas por Unamuno, «debatándose en torno al sentimiento trágico de la vida»; Valle-Inclán, «cuya rebeldía y humorismo gallico en él tocaba las lindes del sarcasmo, atraía a los más jóvenes ateneístas»; Ortega, «con su nueva sensibilidad»; Azaña, «inteligencia fría, sin calor, pero cordial». Por el contrario, ni Azorín ni Baroja mantuvieron su influencia directa dentro del Ateneo.

«La década de 1925 a 1935 es —según opinión de Luis Araujo

PRESIDENTES DEL ATENEO

- | | |
|--|--|
| 1. Duque de Rivas (1835-1837). | 20. Segismundo Moret (1884-1888). |
| 2. Selustiano Olózaga (1837-1838). | 21. Gaspar Núñez de Arce (1868-1869). |
| 3. Francisco Martínez de la Rosa (1838-1841). | 22. Cristino Martos (1888). |
| 4. Duque de Gor (1841-1842). | 23. Antonio Cánovas del Castillo (1888-1892). |
| 5. Joaquín Francisco Pacheco (1842-1844). | 24. Gumersindo de Azcárate (1892). |
| 6. Marqués de Pidal (1844-1845). | 25. Segismundo Moret (1894-1898). |
| 7. Antonio Alcalá Galiano (1845-1847). | 26. José Echegaray (1898-1899). |
| 8. Joaquín Francisco Pacheco (1847-1848). | 27. Segismundo Moret (1899-1913). |
| 9. Marqués de Valdegamas (1848). | 28. Rafael María de Labra (1913-1917). |
| 10. Francisco Martínez de la Rosa (1848-1849). | 29. Menéndez Pidal (1919-1920). |
| 11. Antonio Alcalá Galiano (1849-1852). | 30. Conde de Romanones (1920-1922). |
| 12. Francisco Martínez de la Rosa (1852-1862). | 31. Adolfo Buylla (1922-1923). |
| 13. Antonio Alcalá Galiano (1862-1865). | 32. Angel Ossorio y Gallardo (1923-1924). |
| 14. José Posada Herrera (1865-1868). | 33. Armando Palacio Valdés (1924). |
| 15. Laureano Figuerola (1868-1870). | 34. Gregorio Marañón, vicepresidente en funciones de presidente (1925-1930). |
| 16. Antonio Cánovas del Castillo (1870-1874). | 35. Manuel Azaña (1930-1932). |
| 17. Marqués de Molins (1874-1876). | 36. Ramón María del Valle-Inclán (1932). |
| 18. José Moreno Nieto (1876-1882). | 37. Miguel de Unamuno (1933-1934). |
| 19. Antonio Cánovas del Castillo (1882-1884). | 38. Fernando de los Ríos (1935-1936). |

Guerra civil. Suspensión de actividades. Se hace cargo Bernardo de Cando (1936-1939).

Aula de Cultura de FET y de las JONS (1940-1946). Recobra el nombre de Ateneo (1946).

Presidentes nombrados por la Administración: Pedro Rocamora (1946-1951). Florentino Pérez Embid (1951-1958). Rodríguez Casado (1957-1961). José María de Cossío (1962-1971). ■ ANTONIO IVORRA.

¿PARA QUIEN ES EL ATENEO?

Costa, en su libro "Biografía del Ateneo. Madrid 1949"— para el Ateneo una lamentable solución de continuidad. La virtud de la tolerancia se ha extinguido. No hay libertad. Hay solamente libertinaje. La España de la II República es un desierto.

La II República

«En la Cacharrería, febrero de 1931, el comité del Ateneo conspiraba contra la monarquía. Los intelectuales y pseudointelectuales —se lee en la Memoria del Ateneo 1962-1967, estando al frente de la docta casa José María de Cosío— que en dicho lapso turbio poseían mejor poder en la casa fueron: Julián Besteiro, Luis Buñuel, Américo Castro, Niceto Alcalá Zamora, Álvarez de Vayo, Luis Ara-

quistain, Manuel Azafía, Jacinto Grau, Luis Jiménez Asúa, Alejandro Lerroux, Rodolfo Llopiés, Indalecio Prieto, Claudio Sánchez Albornoz».

Por otra parte, otros autores opinan que el Ateneo de Madrid, durante la II República, alcanzó uno de los momentos más brillantes de su historia debido, precisamente, a la categoría intelectual de algunos de sus socios.

Tras la guerra civil

Tras la guerra civil, los falangistas colocaron el yugo y las flechas en el portalón de la casa, que ostentaba símbolos masónicos, y sustituyeron la palabra Ateneo, «tenía un sonido desagradable», por «Aula de Cultura». Por decreto de 26 de mayo de 1946, el Ateneo re-

cibió su antigua denominación y pasó, de FET y de las JONS, a regentarlo el Ministerio de Educación Nacional, hasta que, en 1950, empezó a depender del Ministerio de Información y Turismo, hasta el momento presente, mayo de 1971.

En los últimos treinta años, tanto el presidente, Junta Directiva, como los presidentes de las secciones del Ateneo, han sido nombrados por la Administración; es decir, por los Ministerios respectivos por los que ha dependido la docta casa.

Junta de Régimen Interior

Las primeras elecciones que se celebraron en el Ateneo, marzo 1963, en los últimos treinta años, fueron para elegir a la Junta de Régimen Interior (creación del señor Fraga Iribarne), que no tiene

ningún poder en la Junta de Gobierno (tan sólo asiste un socio de los cinco componentes de la misma). La primera junta, que expiró su mandato en el 68, se dedicó a reorganizar el bar. De las elecciones del 68, ganadas por los ateneístas jóvenes, salió la actual Junta, de la que sólo quedan dos miembros. Entre las cosas llevadas a cabo figuran la campaña de desratización y desinfección del Ateneo. Entre las frustraciones hay que destacar: Denegación de asambleas de socios, de un órgano de expresión («La Estafeta Literaria» no es una publicación del Ateneo, aunque tenga aquí su Redacción, sino que depende del Ministerio de Información y Turismo, en opinión de un joven ateneísta), de poner en el tablón de anuncios unas notas informativas para los socios, etcétera.

LOS VIENTOS DE 1971

MALOS vientos trajo el pasado mes de abril para el Ateneo. Algunos aparecieron en la prensa diaria. «Corren vientos —escribía Rafael Flórez en carta aparecida en «ABC»— de disolver lo hasta ahora superviviente para fundirlo en una Casa de la Cultura, vieja idea política más que intelectual...». La carta del señor Flórez, que también hablaba del abandono en que se encuentra la casa de la calle del Prado, número 21, fue prontamente contestada por el secretario del Ateneo, don Demetrio Castro Villacañas, en el «ABC» y en unas declaraciones públicas a «Nuevo Diario».

«El Ateneo —afirmaba su secretario, recientemente nombrado por el Ministerio de Información y Turismo— no se convertirá en una Casa de la Cultura ni se desmembrarán las pertenencias del mismo».

Sobre la propiedad del Ateneo, el señor Castro Villacañas se pronunciaba así en «ND». «No quiere decir que el Ateneo se va a convertir en un organismo de la Administración, sino que es al Estado a quien parece ser corresponde la titularidad de los inmuebles y, por tanto, a quien corresponde también el deber y la hora de activar la utilización de los mismos y de la entidad».

«No, esto no es una incautación, sino que supone un reconocimiento jurídico a una situación de hecho. A partir de 1936 comienza una nueva historia en el Ateneo, y desde 1939, una nueva etapa dentro del marco jurídico del Estado nacido del 18 de julio. En virtud de la Ley de Responsabilidades Políticas, el Ateneo primero pasa a depender de la Delegación de Cultura de FET y de las JONS, y, después, de la Dirección General correspondiente del Ministerio de Información y Turismo».

La respuesta de los abogados ateneístas

Por su parte, un grupo de abogados, socios del Ateneo, ha elaborado el siguiente dictamen:

«Fundado el Ateneo como asociación civil en 1835, quedó registrada en el Registro Nacional de Asociaciones, creado por Ley de 1887, en el Ministerio de la Gobernación, y así aparece hasta la fecha.

«En 1939 se incautaron de los bienes de la entidad,

primero FET y de las JONS y más tarde se incorporó al Ministerio de Educación, en la Dirección de Cultura Popular y Propaganda, de donde pasó, en 1950, al Ministerio de Información y Turismo».

«Pero según el dictamen, tanto la incautación referida como las órdenes ministeriales mencionadas carecen de valor legal, porque están en contradicción con la Ley de Asociaciones, tanto la de 1887 como la vigente de 1964, ya que ambas reconocen a todos los españoles el derecho de asociación que proclama la Constitución de 1876 y, en la actualidad, el Fuero de los Españoles».

«Según ambas leyes, una asociación no puede disolverse sino por voluntad de los socios o por sentencia judicial dictada en un proceso penal. Puede ser suspendida, pero no disuelta, por el gobernador civil si en ella se perturba el orden público; pero esta suspensión queda sin efecto si el gobernador no pide la instrucción de un sumario y éste termina con una sentencia de disolución. Ninguno de los supuestos enunciados se ha producido en relación con el Ateneo y, por lo mismo, el derecho de los socios está vigente en toda la amplitud que lo definen los Estatutos».

«De este análisis resulta que, según la Ley de Responsabilidades Políticas (1939), la aplicación de la misma exigiría que el Ateneo fuese "declarado fuera de la ley" si se suponía que esta entidad había incurrido en las responsabilidades que la misma define. La declaración tenía que hacerse formalmente por la Vicepresidencia del Gobierno, y sus bienes incautados, adjudicados al Estado, inventariados en la Dirección General de Propiedades en el Ministerio de Hacienda y vendidos en subasta pública».

«Pero nada de esto se ha hecho, ni nada ha demostrado al Ministerio de Información y Turismo que se haya hecho en tal sentido y, por lo mismo, la incautación y las órdenes ministeriales que rigen en la actualidad la vida del Ateneo de Madrid no pueden ampararse en la Ley de Responsabilidades Políticas y, por lo mismo, son hechos violatorios de los derechos de los socios que, según la Ley de Asociaciones, tienen pleno derecho a dirigir la vida de la entidad».

Fuentes de financiación

Tras exponer la situación jurídica del Ateneo, se precisa la situación «física» y «otras situacio-

nes» de la docta casa, cuya actual sede se inauguró en 1884.

Las fuentes de financiación están constituidas por las cuotas de los socios (100 pesetas mensuales que, aportadas por unos 2.200 socios, suman dos millones y medio de pesetas al año, aproximadamente) y la subvención del Ministerio de Información, que, según el señor Castro Villacañas, se cifra en seis millones de pesetas.

El Ateneo dedica 30.000 pesetas anuales para comprar libros, siendo escasa la adquisición de ejemplares publicados fuera del país. En la actualidad se calculan, según un grupo de ateneístas, en unos 5.000 volúmenes los que permanecen apilados en unas habitaciones, sin poder ser utilizados por los socios, ya que ni siquiera están clasificados ni fichados. De las 400 revistas a las que el Ateneo estaba suscrito en los años 40, se ha anulado la suscripción de más de 240, y, según las casas distribuidoras de revistas que proveen al Ateneo, pronto dejarán de enviarlas las restantes por falta de pago.

El sueldo de un mozo de biblioteca era, hasta el pasado julio —según declaración de «un ratón de biblioteca»—, de 4.300 pesetas brutas por seis horas de trabajo. Desde entonces, cobran 5.000, también brutas, por seis horas de trabajo.

La especulación del suelo

Respecto a la situación física del edificio, un socio ha manifestado lo siguiente: «Hemos oído hablar hace tiempo, aunque ahora con más insistencia, acerca de que sería mejor la construcción de un nuevo edificio. La especulación del suelo en el centro de Madrid hacía valiosísimo el amplio solar que ocupa el Ateneo. Esta posible venta serviría para construir un edificio con el nombre de Ateneo, muy aséptico y adecuado para la preparación de oposiciones donde los directores de aulas, poetas, críticos de libros... podrían continuar ejerciendo su labor cultural».

En los pasillos del Ateneo corre el rumor (no es un rumor político, los rumores políticos corren ahora sobre las mesas de restaurantes de cinco tenedores) de que se va a adelantar la hora de cierre a las diez de la noche. Con lo cual, a los que están hasta la una de la madrugada en la casa de Prado, 21, les puede dar la tentación de irse a cualquier bar o a sus respectivas casas a ver la «tele».